

EL SOL SE PELEÓ CON LA LUNA

Fernanda Ronzoni



RomeroCuentero

Era un día hermoso. No había ni una nube y el sol brillaba en el cielo. Los chicos corrían en el parque, se zambullían en la pileta, no querían parar de jugar.

Era un día hermoso, ¡pero, también, demasiado largo! El tiempo pasaba y nunca se hacía de noche.

—¡Qué raro! —murmuraban los padres y miraban sorprendidos sus relojes—. Es hora de cenar y el sol sigue brillando.

Entonces se asomó la luna y le gritó al sol:

—¡Ey! ¿Qué pasa que todavía no te has ido? Me toca salir a mí. Los niños deben ir a comer y luego a dormir.

Y el sol, sonriendo, le contestó:

—¿Es que acaso no puedes ver cómo nos estamos divirtiendo?! ¡No me quiero ir! ¡Quiero quedarme un poco más!

La luna, ofendida, refunfuñó:

—Si sigues portándote mal, yo también tardaré en marcharme cuando sea mi

turno. Debes entender que sales de día y te ocultas de noche. De esa manera, los niños podrán descansar y reponer energías, para volver a jugar mañana.

—De acuerdo, está bien —contestó el sol un poco malhumorado.

—No te enojas, duerme y sueña con cosas bellas que pronto volverás a brillar —dijo la luna.

Por fin, la luna se colgó en el cielo, rodeada de un manto de estrellas. Los niños se dieron un baño, comieron y se apuraron para ir a la cama. ¡Estaban muy cansados!

Cuando el gallo cantó su primer kikirikí, el sol apareció por el horizonte con cara de dormido y un poco agotado. La luna le guiñó un ojo, le dio un fuerte abrazo y se despidió con un bostezo.

Y así, el sol y la luna nunca más volvieron a pelear. Fueron por siempre grandes amigos.